

CALABAZAS

en el trastero



Supersticiones



Presenta

CALABAZAS



en el trastero

CALABAZAS



en el trastero



Supersticiones

Créditos:

Primera edición digital: marzo 2016
Código: COD 9785400038635050067

Ilustración de portada: Riccardo Maniscalchi
Maquetación y diseño: Miguel Puente y Kachi Edroso
Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso
Prólogo (cortesía de Nocte): Fernando Lafuente
Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Autores: Jorge Asteguieta Reguero,
José Alberto Arias Pereira, José L. Baños, José Luis Cantos,
José Chica Calaf, Andrés Díaz Hidalgo, Raelana Dsagan,
Juan Ángel Laguna Edroso, Miguel Martín Cruz,
Óscar Pérez Varela, Gema del Prado Marugán,
Aitor Solar, Alejandro Valiente Lourtau y Javier Vivancos

Edición: Saco de huesos
Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A, 50006 Zaragoza
Más información: www.sacodehuesos.com

**Un proyecto de la asociación cultural La Biblioteca
Fosca**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prólogo

Por fortuna para los amantes del terror, del suspense y en especial del «género fosco» que con tanto orgullo abanderara Saco de Huesos, los dominios de este tipo de literatura son vastos y sus fronteras difusas. Eso, entre otras cosas, ha permitido —y sigue haciéndolo con notable éxito— que con cada número el Calabazas nos sorprenda con un nuevo enfoque, una aproximación distinta, un matiz insospechado en relación a nuestros más profundos temores.

En esta ocasión se nos ofrece una clara, y como siempre perversa, invitación a mirar dentro de nosotros mismos. Se nos sugiere un viaje a nuestro interior, a nuestra propia oscuridad, a ese ángulo muerto cuya presencia no queremos reconocer. Pero existe, vaya que si existe. Es en ese rincón donde se alojan los miedos atávicos que no podemos controlar, aquellos que no poseen una explicación lógica; es ahí donde disponen sus mimbres las supersticiones.

A lo largo de los tiempos, las supersticiones han discurrido en paralelo al ser humano. En el mejor de los casos se han revelado como un compañero incómodo, un huésped no invitado aunque por lo general inofensivo; en el peor, se han adherido al hombre como un sudario, degenerando en obsesiones para asfixiarlo y robarle el alma. Más de una de sus víctimas lo ha sido por subestimar su influjo, su poder sobre los aspectos más cotidianos de la vida.

Uno pudiera pensar que la superstición es algo trasnochado, caduco, perteneciente a un pasado remoto y asociado a pueblos lejanos e ignorantes. Un término obsoleto, incluso. A los orgullosos individuos del siglo XXI nos gusta alardear de estar muy por encima de fantasías o fetichismos, que convertimos a la menor oportunidad en motivo de chanzas y chistes. Con frecuencia asoman en nuestras conversaciones como anécdotas que provocan la burla. Sin embargo, basta un poco de introspección honesta y sin censura para darnos de bruces con la gran duda: ¿no será que banalizamos las supersticiones porque jamás hemos conseguido vencerlas del todo?

La ciencia, amparada en su sólida coherencia, refuta este tipo de quimeras. La religión, esgrimiendo la fe, las aborrece. Frente a enemigos tan formidables, la superstición debería haber caído fulminada para siempre. ¿Por qué entonces se empeña en continuar persiguiéndonos? ¿Cómo es capaz de desafiar a la mente más realista, al espíritu más firme, al corazón más robusto? ¿Por qué no nos deja en paz y *desaparece* de una vez? Quizá porque se mueve con soltura entre las contradicciones, el misterio y las habladurías; porque resbala entre supuestas convicciones haciendo temblar el pulso de quien se vanagloria de tenerlas. Porque no es cabal, porque es recursiva, porque se crea a sí misma. Porque es endógena.

Cualquiera que lea estos relatos advertirá pronto que en el entorno en que vamos a movernos hay lugar para mucho más que gatos negros como el destino de quien los contempla, espejos que aguardan aviesos el momento de romperse para liberar sus siete años de mala suerte, escaleras deseando abatirse —real o metafóricamente— sobre los incautos que pasan por debajo. Mucho más que tijeras abiertas, que sal o vino derramados. Las supersticiones no son siempre gregarias ni

compartidas, no tienen por qué responder a las mismas causas ni acarrear idénticas consecuencias. En ocasiones son singulares, privadas, individuales. Tampoco han de responder a una leyenda o historia común, reconocida. De vez en cuando brotan sin más, en ocasiones simplemente son. Sibilinas, ominosas. Latentes. Surgidas a partir de cualquier vacío referencial, de un mero resquicio en la cordura, de connotaciones o asociaciones casuales. Su semilla puede prender en un recuerdo, aflorar en medio de una sensación, germinar tras un latido desacompañado. Y después... después no hay vuelta atrás.

Esto también se cumple para ti, lector. Por supuesto. Probablemente ya lo estás notando: una aprensión tibia e incipiente recorriéndote la piel, ascendiendo en pos de tus mejillas. Una mezcla entre temor y curiosidad que te atrapa y no te deja otra opción que seguir leyendo. Sí, lo has adivinado, la magia siniestra de este libro opera ya en ti. Literalmente. Exacto: es ese toque fantasmal que eriza el vello de tu cuello.

Será mejor que te prepares. Toma una pata de conejo, hazte con una herradura, ve a la cocina a por algo de perejil, cruza los dedos, toca madera, busca

un trébol de cuatro hojas en el jardín... Todo lo que se te ocurra. No pienses en si tiene sentido o no. No te preguntes si crees en ello. Simplemente hazlo.

Porque eres incapaz de resistirte y sabes que vas a pasar la página. Porque tras ella te esperan inquietantes, absorbentes historias llenas de superstición.

Historias que, curiosamente, resultan ser *trece*.

Fernando Lafuente

El inquilino

Por Raelana Dsagan

La primera vez que Enrique vio a Abdul se sorprendió por lo alto que era. Su futuro inquilino llevaba gafas de sol tan oscuras que parecía que no tenía ojos y su dentadura mostraba unos dientes blanquísimos cuando sonreía. Le contó que venía de Egipto, aunque su familia procedía de Etiopía; llevaba ya varios años en España pero hablaba el castellano con un marcado acento exótico que hacía difícil entender algunas palabras, que él repetía, más despacio, con paciencia, hasta que su interlocutor lo comprendía. Hasta entonces había trabajado en el campo, un par de años en la fresa en Almería y había subido una vez a la vendimia francesa. Su llegada a la capital había sido casual, pues le habían ofrecido un contrato de peón en una empresa constructora y había aprovechado para cambiar de aires. Abdul presumía de tener buena suerte, nunca le había faltado el trabajo a pesar de los malos tiempos que corrían.

—Vengo recomendado, puedo dar referencias —le había dicho a Enrique mientras accedían al antiguo edificio donde se encontraba el piso que iba a alquilar.

A Enrique los inmigrantes no le suscitaban ninguna confianza. Aunque tuvieran papeles, como era el caso de Abdul, temía que le llenaran la casa de parientes y amigos, así que mientras subían los cuatro pisos lo estuvo interrogando de forma discreta. El joven no parecía conocer a nadie en la ciudad ni tenía familiares con intenciones de viajar a España. Además, era el único de los posibles inquilinos que habían visto el piso que tenía contrato de trabajo y, por qué no decirlo, ver la cara de Encarna, la del segundo, cuando viera subir las escaleras a un negro de un metro noventa era otro aliciente más.

Enrique abrió la puerta aún resoplando por la subida. El piso le parecía horrible; era de la abuela de su mujer y estaba todo lleno de paños de encaje y figuritas de porcelana. Olía mal: a cerrado, a orín y a gato. Cuando se llevaron a la anciana a la residencia solo preguntaba por sus animales; se pasaba el día sentada, mirando a la nada, sin reconocer a sus familiares, pero volviendo la cabeza si oía algo que se pareciera a un maullido. Enrique hubiera querido

matarlos a todos, pero su mujer los había regalado. Ella tampoco quiso ni hablar de vender el piso; como si su abuela fuera a mejorar y a volver algún día, solo aceptó alquilarlo.

No hicieron mucho por arreglarlo. Limpiaron y ventilaron el piso durante unos días pero el olor no se iba. De todas formas, a Abdul no pareció importarle: en cuanto entró cerró todas las ventanas. Enrique siempre había odiado ese viejo edificio, el cuarto piso sin ascensor y los vecinos ancianos que lo vigilaban por la mirilla cuando pasaba resoplando por delante de sus puertas. Abdul era joven y ágil, subía los escalones de tres en tres, pero él tenía ya cierta edad, más kilos de los que admitía y una lesión en la espalda que lo había obligado a prejubilarse a los cincuenta y dos. Cuando le dio las llaves a Abdul, se alegró al pensar que no iba a tener que volver a subir esa escalera en mucho tiempo.

Eso era lo que creía.

Las llamadas comenzaron una semana después de que Abdul se hubiera instalado. Encarna, la octogenaria del segundo, lo llamó a las seis de la mañana para contarle que había visto un gato negro rondando por el edificio. ¿Y por qué lo llamaba a él?, se preguntó, si ni siquiera vivía allí. La anciana le ase-

guró que el gato había llegado con el nuevo inquilino y que él era su casero, pero cuando Enrique llamó a Abdul para preguntarle este le dijo que no, que el gato no era suyo y que tal vez se había colado por el tragaluz de la escalera.

Enrique no le dio importancia, pero Encarna siguió llamando a horas intempestivas protestando por el gato y el inquilino hasta que un día dejó de hacerlo. En lugar de sentirse aliviado, ese día se preocupó. No sabía por qué, pero tenía un mal presentimiento que se agudizó cuando la llamó y no contestó. Llamó entonces a Abdul, quien le contó que la había encontrado inconsciente en la escalera; la anciana se había caído y se había partido la cadera. La habían llevado al hospital. Todos los vecinos habían estado buscando al misterioso gato, pero Encarna parecía ser la única que lo había visto.

Cuando Enrique fue a visitarla al hospital le pareció una muñeca hundida en la cama, como si hubiera encogido en esas últimas semanas. Ella lo miró enfadada y afirmó que todo era culpa suya, que el gato negro les traería mala suerte a todos.

A partir de entonces fueron varios los vecinos que lo avistaron y los accidentes comenzaron a sucederse, pero no era nada que no pudiera achacarse al

estado del edificio, muy antiguo y poco cuidado. Hubo un problema de cañerías en el primero B, al anciano del tercero lo atracaron en el portal, a su vecina de enfrente se le estropeó el frigorífico y, cuando le trajeron uno nuevo, a los transportistas se les cayó por las escaleras y uno de ellos tuvo que ser ingresado en el hospital. Todos los vecinos aseguraban haber visto al gato poco antes de que les sucediera la desgracia, todos menos Abdul, que afirmaba seguir teniendo su buena suerte habitual.

En las reuniones de vecinos todos acusaban al nuevo inquilino, porque era nuevo, enorme, negro y siempre llevaba gafas oscuras. Convencieron a Enrique para que subiera a hablar con él. Todos decían que el gato tenía que ser suyo y querían que se librara del animal.

Enrique subió los cuatro pisos, los cuatro malditos pisos, pensando que si le daba un infarto no sería por culpa del gato sino de los locos de los vecinos. Llamó a la puerta, pero nadie contestó. Abdul no estaba, aunque no lo habían visto salir del edificio. Lo pensó un momento, después sacó su llave y entró. El piso olía aún peor que antes. Todas las ventanas estaban cerradas. ¿Por qué lo habría hecho? ¿Para que no se escapara el gato? La sospecha fue cre-

ciendo en su cabeza y se sentó en la silla de la cocina para recuperar el aliento. Todo estaba tal y como lo recordaba, Abdul no había cambiado nada de sitio, en realidad era como si no viviera allí.

Recorrió la casa. Todo estaba en orden, ni un trapo en el lavadero, todos los paños de encaje seguían sobre las mesas y la foto de un crucificado presidía el dormitorio. Tampoco vio rastros de ningún gato. Ni arena, ni agua, ni comida. La abuela había tenido de todo, hasta bolas para que jugaran que habían terminado en el fondo de uno de los armarios. Todo estaba en su sitio y no parecía que Abdul lo hubiera tocado.

La sospecha empezó a tomar otra dirección que al pronto le pareció demasiado absurda... pero no, tenía lógica. ¿Y si el gato negro era el mismo Abdul? ¿Y si lo que hacía era robar la buena suerte a los demás? Por eso la tenía, se transformaba en gato... desechó esos pensamientos, ¿es que se estaba volviendo loco? El miedo de los vecinos lo estaba afectando y el olor a cerrado del piso lo mareaba. Le pareció oír de pronto un maullido pero no venía de la casa, sino del exterior, del rellano, de detrás de la puerta cerrada.

Cuando abrió los ojos vio a Abdul a su lado, presionando un paño húmedo sobre su frente; no recordaba haberse desmayado. Su inquilino sonreía y sus dientes eran tan blancos que daban miedo. Llevaba puestas las gafas oscuras, como siempre. ¿Ocultaba los ojos de un gato? ¿Iba a hacerle daño? No, no le haría nada, solo le robaría su buena suerte y puede que lo atropellara un coche de camino a casa. Ya no estaría seguro en ningún sitio. Le ocurriría algo malo en cualquier momento.

Enrique empezó a tener pesadillas todas las noches, se despertaba bañado en sudor y no se atrevía a salir a la calle. Su mujer empezó a preocuparse, aunque él lo achacaba todo a un simple resfriado. En el bloque continuaban sucediéndose las desgracias y los vecinos seguían llamando para que hiciera algo, diciendo que era su responsabilidad. Era él quien había metido a Abdul en el piso y quien tenía que echarlo.

Pero a este le quedaban todavía cinco meses de contrato y no había dado ningún motivo para rescindirlo. Decidió pedírselo por las buenas, alegar que necesitaba el piso con urgencia para un familiar y que él con su buena suerte seguro que encontraba otro pronto. Lo llamó por teléfono varias veces, pero

no lo cogía. Enrique se preocupó. ¿Habría adivinado sus intenciones? ¿Se habría convertido en gato para siempre? Decidió esperar al día siguiente y volver a llamar. No pudo. Estaba demasiado nervioso y las ideas absurdas se le antojaban cada vez más lógicas. Esa noche no consiguió dormir, cada vez que cerraba los ojos veía el rostro de Abdul sonriendo, burlándose de él. No podía más. Eran las tres de la mañana cuando se vistió sigilosamente y salió de casa sin que su mujer se diera cuenta.

Cuando llegó al bloque todo estaba en silencio, no había ninguna luz encendida. Comenzó a subir las escaleras muy despacio, a esas horas nadie lo espiaba detrás de las mirillas. Llegó al segundo piso resoplando, diciéndose que todo habían sido casualidades, que nadie había muerto ni le había pasado una tragedia irremediable. Habían sido pequeños accidentes, la mala suerte se había cebado con el edificio pero podía sobrellevarse. En unos meses Abdul se marcharía y todo volvería a ser como antes. No era culpa suya, en realidad. Era el edificio, tan viejo, los vecinos tan ancianos, todos supersticiosos... Llegó al tercer piso. El último tramo de la escalera estaba en sombras. Presionó el botón y la luz no se encendió.

Podía retroceder y alejarse, dejar que se las apañaran solos. ¿Realmente era su responsabilidad? Abdul tenía los papeles en regla, pagaba puntualmente y no hacía ruido, hasta ahí llegaba lo que tenía que preocuparle. Enrique miró la escalera. El camino que le quedaba por recorrer era más corto que el que había dejado atrás, así que siguió subiendo. Abrió la puerta con cuidado. El piso estaba en silencio, pero distinguió una luz encendida en la cocina. Se dirigió hacia allí, llamando para alertar de su presencia, pero nadie contestó.

Notó el olor. A pesar del ambiente rancio y cerrado, el gas olía muy fuerte. Enrique corrió a cerrarlo y abrió las ventanas antes de mirar en la cocina.

Todo estaba recogido y limpio, como si nunca se hubiera usado. Abdul se había desmayado, su largo torso descansaba sobre la mesa. Enrique le tomó el pulso. No lo encontró. Estaba muerto.

En ese momento solo pensó en que tenía las gafas puestas. De pronto, Abdul levantó la cabeza y abrió la boca. Enrique dio un salto, asustado. El inquilino clavó la mirada en él, o eso parecía, porque era difícil saberlo con las gafas. Levantó el brazo y extendió el dedo, señalándolo.

Fue solo un instante. Luego, el brazo cayó y la cabeza se desplomó. Abdul se quedó inmóvil de nuevo. Enrique tardó un rato en acercarse, pensando que todavía podría transformarse en gato. Pero no sucedió nada. Al final se atrevió a acercarse y quitarle las gafas; uno de sus ojos lo miraba, muy abierto, el otro era de cristal.

Por eso los ocultaba.

Enrique le cerró los párpados y se sentó a su lado, fijándose por primera vez en los papeles que había encima de la mesa. Una carta de despido. La buena suerte de Abdul se había terminado.

Fue entonces cuando oyó el maullido. Se levantó y avanzó por la casa, pero el sonido venía del rellano. Estaba fuera, detrás de la puerta. No podía dejarle entrar. Todas las ventanas estaban cerradas, Abdul tenía esa extraña manía de tenerlo todo cerrado, así que estaba a salvo mientras no abriera la puerta... ¡No! La ventana de la cocina, la había dejado abierta. Enrique corrió de nuevo para cerrarla, aunque el olor a gas no hubiera desaparecido del todo.

No pensó en llamar a la policía, era absurdo decir que estaba asustado por un gato, pero tenía el cadáver de Abdul, habrían venido por él. No lo pensó en

ese momento, estaba demasiado asustado. El corazón le latía a mil por hora y el gato estaba detrás de la puerta, maullando, arañando. Cada zarpazo que daba era como si lo sintiera en su propia espalda. No podía salir mientras el animal estuviera en el rellano.

Enrique nunca supo cuánto tiempo estuvo allí, parado delante de la puerta. Esperó horas sin osar moverse, no abrió las ventanas aunque sentía que se estaba asfixiando. Estaba encerrado con un cadáver, escondiéndose de un gato. Cuando dejaba de oírlo se acercaba a la puerta pero, en cuanto tocaba el pomo, los maullidos se reanudaban. Estaba en tal estado de nervios que pensó que le iba a dar un infarto. Intentó llamar a su casa, sin preocuparse de la hora que era, pero su mujer no cogió el teléfono. El gato maullaba cada vez más fuerte, tenía que oírse en todo el edificio. Ningún vecino subiría a ayudarle, estaban todos en sus casas, encerrados, asustados.

Era un gato. Solo era un gato.

Con un gesto de decisión que a él mismo le sorprendió, abrió la puerta. El gato corrió entre sus piernas demasiado rápido para que pudiera atraparlo y fue directo al rincón donde la anciana solía poner la comida para los suyos. Allí no había nada y el ani-

mal parecía desconcertado. Miraba a Enrique y maullaba.

No era un gato callejero, llevaba un collar con una placa. No le importó que Enrique se acercara y lo cogiera en brazos, que hurgara en su cuello para examinar la placa y leer el nombre y la dirección. Era la misma en la que se encontraban. Cuarto piso. Era uno de los gatos de la abuela de su mujer. El animal solo había querido volver a su hogar.

La mala suerte no existe.

Enrique acarició al felino, después buscó en la despensa y le puso agua y comida. Pensaba en todas las desgracias que habían sucedido, tranquilo porque ya nada era culpa suya. Era el miedo el que provocaba los accidentes, el miedo el que los empujaba. El gato no había hecho nada. Ahora mismo estaba sentado a su lado y no ocurría nada, no había mala suerte.

Sonó el móvil y corrió a cogerlo, preocupado porque su mujer no había respondido a su llamada anterior. El número era desconocido y contestó extraño, mientras el gato se acurrucaba en su regazo. Era la policía, para informar del accidente que había sufrido su esposa. Se dirigía muy temprano hacia la residencia, donde su abuela había tenido un amago

de infarto. Le informaron de que la anciana estaba bien, algo más ida que de costumbre, y el otro conductor había resultado ileso. Ella no.

El gato ronroneaba en su regazo.

Enrique se quedó allí, en el viejo piso. No quiso verla ni ir al funeral. No podía. Tenía que quedarse allí dentro, era su responsabilidad. Los vecinos empezaron a dejarle comida delante de la puerta. Nunca entraban y él tenía cuidado de mantener las ventanas siempre cerradas. Con el tiempo se acostumbró al olor del cadáver de Abdul, que había metido en uno de los dormitorios, y al gato tampoco parecía molestarle. Algunos días, mientras lo acariciaba, cerraba sus manos alrededor del cuello del animal, pero entonces él lo miraba con esos ojos ambarinos, ronroneaba y Enrique no llegaba a apretar. No era capaz de hacerlo. De todas formas no importaba. Había pasado tanto tiempo con él que estaba seguro de haberse contagiado de su mala suerte. Si saliera del piso, también él la extendería.

Había tomado la decisión correcta. Se quedarían allí, encerrados, sin tener muy claro quién de los dos era el guardián y quién el prisionero.

Sobre la autora de «El inquilino»:

Raelana Dsagan (Carmen del Pino) nació en Málaga y es licenciada en Historia del Arte.

Ha colaborado en diversas antologías de relatos: En seis números de *Calabazas en el Trastero: Tijeras, Peste, Monstruos de cine, Día de difuntos, Catástrofes naturales y Empresas*; en *Clásicos y zombis, 200 baldosas al infierno, Legendarium, (Per)Versiones: monstruos clásicos y Fantasmas, espectros y apariciones*.

Ha ganado el II Concurso de relatos Pasadizo y el Certamen Los Caídos, obtuvo un accesit III Premio Ovelles Eléctriques y ha sido finalista de diversos certámenes, entre ellos el concurso Abismo del Fénix, el certamen de Fantasía oscura «Realidad Incoherente», el Premio Domingo Santos durante dos años consecutivos (2010 y 2011) y el XXIV certamen Alberto Magno. También obtuvo menciones honoríficas en el concurso de relato Sagas Épicas y en Fabricantes de sueños 2008.

Ha colaborado también en publicaciones digitales como NGC3660, Entropía, Axxon y Los zombis no saben leer.

Podéis encontrar más información en su blog:
<http://escritoenagua.blogspot.com/>